

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

2-1-1961

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

ENCÁJATE EN LA CREACIÓN DE TU ALMA

Allí, en el seno del Amor, donde la Trinidad silenciosa se es, perdida y profundizada en la hondura virgínea de su sencillísimo ser, se percibe el rumor rumoroso de caridad trinitaria en unidad simplicísima de amor divino.

Ahondada y perdida en aquel serse del Ser, adentrándome en la hondura honda, ¡honda...! de su sabiduría eterna, sorprende aquel instante sublime, instante de vida, de fecundidad, de plenitud, en el cual, sin ser instante, ni segundo, ni momento, en ese acto simplicísimo que se llama Eternidad, está siéndose Dios en sí mismo, para sí mismo y por sí mismo el Acto de ser fecundo en tres Personas.

Y en ese mismo Acto coeterno, el que Se Es, por una complacencia infinita y amorosa, rompiendo en voluntad creadora, quiere, en un

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

querer que es obrar, crear; querer que, en ese mismo instante o acto de ser, obra la creación.

La creación, para nuestra mente acostumbrada al tiempo, se va desarrollando poco a poco; pero, en el presente eterno de la Divina Sabiduría, es un querer instantáneo en voluntad creadora que ejecuta el Creador.

¡Oh misterio de la Eternidad...! Misterio incommunicable e incomprensible para nuestra mente humana mientras estamos en el tiempo, siéndose en Dios, como todos los misterios, la Simplicidad y la Sencillez por esencia... ¡Eternidad, Eternidad fecunda...! en la cual, en el mismo acto instantáneo y eterno en que Dios se es, crea.

Para Dios no hay antes ni después. En su Mirada fecunda, abrasado en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, por el Verbo y en el Verbo, hace todas las cosas.

Y como suprema creación que sale, sin salir, de las manos del Artífice divino, ¡el alma maravillosa del mismo Verbo de la Vida!, en la cual está plasmada y recapitulada toda la creación, de tal forma que cada una de las criaturas animadas e inanimadas son un reflejo acabado del alma del Verbo Encarnado, ya que ella es la imagen más perfecta del mismo Creador.

Después del alma de Jesús, el alma de María, creación única que ha sido hecha por la Omnipotencia divina para ser Madre; tan Madre, que es la Madre del mismo Dios y, como corona de su Maternidad divina, Madre de todas las almas.

Dios es tan infinito, tan perfecto, tan fecundo y tan eterno, que todo lo que sale de sus manos, animado o inanimado, es como una sola y única creación, bien sea la creación suprema y máxima del alma de Cristo, como la amapola más sencilla de los silenciosos valles; ya que, por serse Dios la Perfección única, cuando crea lo hace en su Unidad Trina, derramándose en cada criatura con todo su ser infinito, en creación amorosa. Por eso cada una de las criaturitas y toda la creación están expresando, diciendo y gritando en su especie, el eterno e inaccesible ser de Dios; aunque entre las criaturas animadas e inanimadas hay una diferencia inmensa; y en un grado incomprensiblemente superior, el alma de Cristo.

¡Oh Amor...! Ahondada en el sacro misterio de la Eterna Sabiduría, penetrando en la creación de cada criatura racional, veo cómo no es que Dios haya creado, como en bloque, a miles de ángeles, arcángeles, serafines, querubines y hombres, sino que el Creador, Capacidad infinita y fecunda, como Padre amoroso, crea millares de ángeles; y en el mismo instante que creó esos ángeles, como en Él no hay tiempo, los hizo a cada uno de ellos como una nueva y única creación, depositando en cada uno la imagen de su ser amoroso reventando en Trinidad Una, reflejándose como Creador.

Descendiendo al hombre, vemos al Artífice divino creando el alma de cada uno como si fuera la única, y derramándose en ella en sobreabundancia de su ser amoroso.

En la luz de Dios y en la verdad de la Eterna Sabiduría, veremos cómo cada ser racional, cada alma, es una creación aparte de todas las demás; y que Dios, al crearlas, se derramó en cada una como una única creación, pudiendo decir como en el Cantar de los Cantares: “Eres mi única, mi paloma, mi escogida entre millares”, porque al crearte Yo, Alfarero divino, no te metí, como los alfareros humanos, en un molde para que salieran muchas iguales, no; te concebí en mi Mirada divina rompiendo en creación, cogiendo por modelo a mi Verbo, en el cual está dicha toda la verdad y la vida divina y humana, y lo hice en el amor del Espíritu Santo.

Al crearte a ti, cualquiera que seas, las tres divinas Personas, de conjunto, se derramaron, complaciéndose en una mirada de creación, para crearte a su imagen y semejanza. Por eso cada alma tiene su fisonomía especial, su belleza particular y su nombre único que le puso Dios el día que la creó, según correspondía a su fisonomía en la creación. Cada una tiene su nombre propio, y no habrá en el cielo ningún ser creado que se llame como ella, porque llevará aquel nombre que Dios, en su infinita sabiduría amorosa, ha plasmado sólo en ella al crearla; nombre que es todo su ser como expre-

sión del Creador, y que reflejará aquel matiz o fisonomía que la Divina Sabiduría quiso poner en ella para llamarla eternamente.

Cada alma es una creación aparte de las demás, que el Señor se hizo para complacencia y recreo de las tres divinas Personas, pudiendo decir el Amor en verdad y en justicia: “Voy a mi jardín, hermana mía, esposa, a coger de mi mirra y de mi bálsamo, a comer de la miel virgen del panal, a beber de mi vino y de mi leche”.

Por eso no andemos mirando a los demás, queriendo imitar tal o cual camino, pareciéndonos mejor lo de los otros que lo nuestro, pues esto supone un desprecio a la creación de nuestra alma, que para Dios es su única entre todas. Conviene por lo tanto que nos encajemos y ajustemos en la voluntad creadora de Dios para con cada uno, que nos hizo de esta manera y no de otra.

Aunque no lo entendamos por nuestra mucha imperfección, aquello que Dios, en su infinita sabiduría, nos dio, es lo mejor para nosotros. No andemos forjándonos ilusiones y pareciéndonos mejor los caminos por donde el Señor lleva a otras almas. Porque el Amor Infinito, cuando te creó, puso en ti, según la fisonomía que Él te dio, el camino, la forma, la medida que debías seguir; depositando en tu alma los talentos y capacidades que a ésta, como a única creación de su Amor, le encajaban para llenar ese plan divino, y para que Él te pudiera llamar por tu nombre, por el

único que te reconocerá, ya que, con ese nombre y en orden a Él, te creó.

En el cielo tendremos cada uno nuestro nombre, el que Dios nos puso al crearnos; y que estará más o menos completo, repleto y glorificante para el mismo Dios, según nos hayamos encajado en el plan divino de nuestra creación.

No andemos mirando a los demás para agradar más o menos a Dios, queriendo imitar modos de ser de unos y otros. Entremos en nuestro interior, allí, en el centro de nuestra alma, donde el Padre, reventando en Palabra de Fuego, nos está deletreando por su Verbo cómo seremos más conformes a Él y a su voluntad creadora.

A cada uno de nosotros, como única creación, la divina Palabra nos está enseñando, como a pequeñuelos, la manera de encajarnos en ese molde divino, con el cual su amorosa voluntad quiere vernos identificados totalmente; molde que se rompió y se desencajó con el pecado original, y que ahora nosotros, a fuerza de identificarnos con la voluntad creadora de la Sabiduría Eterna, iremos poquito a poco reformando hasta hacernos tan conformes a él, que el Creador, el Artífice divino, pueda volver a ver en nosotros aquella creación que, saliendo de su pecho, Él se hizo para su recreo accidental.

La santidad consiste en encajarnos en el plan amoroso que la Sabiduría Eterna tiene para cada uno. Porque ¿qué sería de la amapola si estuviera siempre procurando ser una rosa, por parecerle

con su mirada, no con la de Dios, ser la rosa más hermosa que ella? Pues que se pasaría la vida inclinándose hacia la rosa, sin encajarse en aquel plan divino que, al crearla amapola, la hizo tan sencilla, tan simple, tan ingenua, reflejando de esta forma la sencillez de Dios.

Lo mismo la rosa que la amapola son expresión de la perfección divina, manifestando una más unos atributos y la otra más otros. Pero, al encajarse cada una en su molde y reflejar un atributo, refleja todo el Ser divino, ya que en cada atributo están todos los demás atributos o perfecciones, y, por lo tanto, la vida divina en Trinidad de Personas. Desencajada la amapola del plan divino, vendría a ser una amapola descontenta, que, fuera de su molde, estaría más triste, pobre y lánguida que las demás.

El nombre de cada alma sólo Dios se lo sabe, y sólo por ese nombre la reconocerá. Y las que, no encajándose en el plan divino, no estén conformes a su nombre, será a las que diga el Creador a la hora de las bodas:

– “En verdad os digo que no os conozco”, porque no me veo reflejado en vosotras según mi voluntad creadora que os escogió y os creó amorosamente para que fuerais en mi seno un jazmín de humildad o una amapola de sencillez. Cuida por lo tanto, no sea que, deslumbrada y atraída por los caminos de tus compañeras, vayas a extraviarte y a ser para mí azucena o rosa a la cual detesto y no reconozco en ti, faltando en mi

creación el jazmín oloroso y la amapola escondida que Yo me busqué para mi recreo.

– Alma creada por Dios, ¿crees que para el Amor de paternidad infinita es más una rosa que una amapola? ¿No ves que, en cada una de ellas, se derramó el Creador, haciéndola su única, su paloma, su escogida y su amada entre millares?

Sólo encajándose en ese plan divino, cada alma llenará su misión, pudiendo ser llamada cada una por su nombre, según corresponda a su creación; ya que, al derramarse Dios sobre ellas, se plasmó en todo su ser, y todas y cada una, llenando el plan divino, son un reflejo creado del Increado.